

Manuel Merino



## Aprendiendo de la HISTORIA

Se me antoja que nuestro pasado primitivo, el “homo muy antecesor” de lo que es hoy el Tercer Sector, fue la beneficencia.

Aquella beneficencia daba respuestas a problemas. Eran más bien respuestas sin preguntas, sin cuestionamientos, aunque con infinita implicación de quienes las daban. Mientras tanto y quizá por ello, la sociedad reposaba tranquila. “Con tu limosna compras una parcela en el cielo” formulaba como reclamo aquella primitiva Cáritas de la leche, las mantas y el queso americano.

La sociedad tenía delegado a unos pocos el amor al pobre sufriente. Los más generosos apoyaban con dineros o con legados a sus comprometidas. He usado el femenino, porque así era: cosa más bien de entrañas femeninas.



Había quien hacía; y procedía que siguieran haciéndolo. Que nos enseñasen sin necesidad de aprender. Así, el resto, la mayoría, quedaba a lo suyo. Que quien no ve es como el que no siente. Y a quien no siente le tiene más cuento no mirar.

Las cosas eran como debían ser. Ese desorden – pobreza, miseria, abandono- formaba parte un orden establecido a preservar -pensaban algunos-. Desorden que, sin quererlo, benefactores y beneficiados, contribuían a mantener, socorriendo a quienes lo sufrían.

Pero poco a poco empezó a haber gente que no se encontraba a gusto en ese marco. Gente que creía que era posible cambiar ese paisaje. Que era necesario cambiarlo. Y decidieron que ese cambio no nacería de la pasividad ni del individualismo. Que se

tenía que terminar esa película de pocos actores e infinidad de espectadores adormilados. Concluyeron que para dar respuestas adecuadas había antes que escuchar las preguntas que latían al fondo. Que los problemas no estaban para sobrevivir con ellos, sino para resolverlos, pringándose.

El “unos pocos” fue convirtiéndose en “algunos”, el “algunos” en “bastantes” con pretensión de muchos. Hubo gente que empezó a organizarse y en Bizkaia empezaron a surgir asociaciones y a tomar vida instituciones que –hurgando en otro proyecto de sociedad- inauguraron nuevos mensajes y acciones que concitaban la solidaridad. Al principio eran mensajes prudentemente crípticos, pero se convertían en cargas de profundidad. Aquel estudio de Foessa, de Caritas, que desnudaba la enorme pobreza y las desigualdades en plena sociedad del desarrollo y el 600, y que fue titulado “Comunicación cristiana de bienes”. Eufemismo? ¿Llamada subliminal al compromiso cristiano, solidario?... Encubierto, quizá, pero el mensaje revulsivo iba calando.

Yo creo que fue en todo ello cuando empezó el sarao: cuando algunos decidieron mirar para aflorar lo encubierto, cuando decidieron que los problemas de muchos eran problemas de todos e incluso suyos propios. Cuando decidieron que al árbol enfermo se le sana en el tronco y la raíz, no en el follaje, no en los efectos sino en las causas. Cuando decidieron que era necesario cambiar, y que, si se debía cambiar, se podía cambiar. O viceversa. (Lo recuerdo por si todavía vale).

Grupos, movimientos, organizaciones, asociaciones, servicios, ayudas, apoyos, solidaridades, fondos, declaraciones, luchas, proyectos... Personas, afectados, familias, profesionales, educadores, trabajadoras y trabajadores, voluntarios, voluntarias, promotores... Algunos de los presentes, si miráis hacia atrás, os veis en medio de esa historia enarbolando mensajes y expresando compromisos solidarios, buscando recursos y mirando al cielo subvencional por si caía algo, entre el escepticismo y la sequía, entre la duda y la demora.

Finalmente –hace poco- llegó la madurez del sistema, y las administraciones fueron trasplantando arboles nacidos a la intemperie de la sociedad, al terreno de los recursos públicos y las burocracias, y al invernadero protegido de los derechos, de cubierta ahora destrozada por la tromba de granizo de la crisis económica y de la crisis moral.

Y los grupos solidarios nacidos, vinieron a decidir que lo suyo no había sido un “mientras tanto”, sino un “para siempre”. Que no habían sido fruto de una época, sino núcleo de un modelo de sociedad. Que eran sociedad que asume y no delega su



responsabilidad sobre el conjunto y sobre sus partes más débiles, por más que ahora haya quien tenga asignada responsabilidad desde lo público y los recursos comunes.

Y vieron –hemos visto- que debían seguir ocupando el espacio de la creatividad, de la audacia, de la crítica, del valor añadido, de la gratuidad, de la transformación, de la justicia social, de la calidez, de la cercanía, de la ilusión, de la utopía... También el espacio de la colaboración, de la mejora de las políticas como factor determinante de transformación, de la complicidad –por qué no?- si es para ganar en justicia. Y decidieron también que eran, junto con otros, Tercer Sector, y que debían rotular espacios para la cohesión interior, y, sin perder su originalidad, abandonar la atomización dispersa; y decidieron aproximarse, constituirse en red, en red de redes. Sareen Sarea. Y hacerlo sin generar estructuras asfixiantes que alejan a las

organizaciones del humus y el oxígeno donde nacieron: del contacto directo y caliente, inmediato e implicativo con la vida, con los que peor la tienen, con los que la sufren.

Pero eso –me diréis- ya no es pasado, es lo que está siendo. Y eso no te toca. Es verdad. Por eso me callo. Permitidme una nota final: es probable que, hablando de valores, haya pisado el tema a otros intervinientes en la



Mesa. Pero... ¿qué es la Historia del 3er Sector sino una historia de valores vividos, expresados y compartidos? ¿Qué es, si no...?

Manuel Merino